Melilla

COLABORACIÓN

SANTIAGO MONTOBBIO
Poeta



Borges en su principio, en un jardín

EN EL JARDÍN queridos poemas de Borges. Leo, me encuentro leyendo poemas de El Hacedor, tantas veces leídos en la adolescencia. El otro día vi la película Cromwell y me llevó a buscar algunos de sus poemas, y di un paseo por su poesía. Por esto me la traigo al jardín, además del libro que estoy leyendo. Ayer Ester Abreu me mandó el artículo que había publicado en La Nación una escritora que trabajó con él, por el encargo por parte de una editorial de un prólogo para Shakespeare. Me gustó leerlo, como le dije a Ester. Como me gusta ir encontrando queridos poemas esta mañana en este jardín. Rompe la lectura de Mi siglo de Aleksander Wat, pero se lo puede permitir la poesía. Todo momento es momento para la poesía. Así tu vida.

DOS TÓRTOLAS. Y los poemas de Borges.

ME LLEVO LA poesía de Borges esta mañana al jardín, porque el otro día ya di un paseo por ella y pienso que me puede hacer compañía. Al abrirla sale el poema "Elvira de Alvear" de El Hacedor. He leído estos poemas tantas veces. Los vuelvo a leer. Y luego voy al prólogo inicial, en el que presenta su poesía completa, y es por mí muy recordado. A continuación el prólogo que escribió a su primer libro, Fervor de Buenos Aires, de 1923, pero muchos años después y tras revisarlo. Pienso que puedo leer estos primeros libros. Los he leído menos veces, muchas he empezado toda poesía de Borges por el ya muy maduro y fundamental El otro, el mismo, quizá por tener presente y respetar el reparo que por primerizos sentía Borges por estos libros, y que le llevó a esta revisión importante o muy importante. Otras veces he leído libros sueltos, he empezado su poesía por donde ha quedado abierta -como hoy en El Hacedor-, o la he empezado por los libros finales, o he leído los dos últimos que no están en esta Poesía completa -La cifra y Los conjurados. Leí en una entrevista que Roberto Alifano decía que él le decía a Borges que no podía corregir y revisar esos libros tantos años después. Ayer leí este artículo de una escritora que colaboró con él. Eran ya los ochenta, y los ochenta también de Borges. Hablaba en su artículo de las variaciones que el escritor empleaba. Pero en las que había también novedad. No conozco estos libros primeros de poemas de Borges en sus ediciones originales, y no puedo saber por tanto cuánta y cuán importante fue esta labor de corrección y revisión que realizó. Es tarea para estudiosos. Los tengo que leer y puedo leer tal como él los dejó. Nos dice en este prólogo al revisado Fervor de Buenos Aires: "No he reescrito el libro. He mitigado sus excesos barrocos, he limado asperezas, he tachado sensiblerías y vaguedades y, en el decurso de esta labor a veces grata y otras veces incómoda, he sentido que aquel muchacho que en 1923 lo escribió ya era esencialmente -¿qué significa esencialmente?- el señor que ahora se resigna o corrige. Somos el mismo; los dos descreemos del fracaso y del éxito, de las escuelas literarias y de sus dogmas; los dos somos devotos de Schopenhauer, de Stevenson y de Whitman. Para mí, Fervor de Buenos Aires prefigura todo lo que haría después. Por lo que dejaba entrever, por lo que prometía de algún modo, lo aprobaron generosamente Enrique Díez-Canedo y Alfonso Reyes". Hay algo muy bonito aquí, algo que me parecerá sentir al leer estos libros que es así, y es una convicción. Y es la de que Borges está ya en estos poemas de juventud (he dicho no sé cuántas y cómo pudieron ser las variaciones que llevó a cabo sobre ellos en su alta edad), está en lo más íntimo de su voz, en su aliento más cálido y conmovedor, y está incluso en cosas que no nos agradan (o no me agradan) por resultarnos algo artificiosas en la manera de escribir que es pero que también están ya en el principio. Está con su candor y su limpidez y también con ciertos dejes o amaneramientos que sentimos -o siento- un proceder retórico. Pero que son suyos y lo caracterizan. Y están ya aquí. Continúa este muy bello prólogo a su revisado primer libro: "Como los de 1969, los jóvenes de 1923 eran tímidos. Temerosos de una íntima pobreza, trataban como ahora, de escamotearla bajo inocentes novedades ruidosas. Yo, por ejemplo, me propuse demasiados fines: remedar ciertas fealdades (que me gustaban) de Miguel de Unamuno, ser un escritor español del siglo diecisiete, ser Macedonio Fernández, descubrir las metáforas que Lugones ya había descubierto, cantar un Buenos Aires de casas bajas y, hacia el poniente o hacia el Sur, de quintas con verjas./ En aquel tiempo, buscaba los atardeceres, los arrabales y la desdicha; ahora, las mañanas, el centro y la serenidad". He citado a veces una reflexión que me parece muy acertada y da que pensar y nos regala Borges en otro prólogo, ya en un libro de madurez: "Es curiosa la suerte del escritor. Al principio es barroco, vanidosamente barroco, y al cabo de los años puede de lograr, si son favorables los astros, no la sencillez, que no es nada, sino la modesta y secreta complejidad". Él sabía este camino. Estamos en el principio de este camino. Algo nos dice de él y de la fidelidad a uno mismo en el prólogo a su poesía toda, que precede al que he transcrito y abre su revisado primer libro: "He compilado en este volumen toda mi obra poética, salvo algún ejercicio cuya omisión nadie deplorará o notará y que (como de ciertos cuentos de las Mil y Una Noches dijo el arabista Edward William Lane) no podía ser purificado sin destrucción. He limado algunas fealdades, algún exceso de hispanismo a argentinismo, pero en general, he preferido resignarme a los diversos o monótonos Borges de 1923, 1925, 1929, 1960, 1964, 1969 así como al de 1976. Esta suma incluye un breve apéndice o museo de poesías apócrifas".

Hay la intimidad, el eco hondo de una voz en lo más íntimo en algunos de sus poemas breves –"El sur", "Un patio", "La rosa"-, que leo con emoción. Como toda esta voz que empieza, con sus imperfecciones o inseguridades o vacilaciones, y también con la convicción que está ya en su centro. Y le hace ser ya Borges, y estar y ser ya él en los poemas de estos primeros libros. Leo el final del poema "Jardín": "Todo el jardín es una luz apacible/ que ilumina la tarde./ El jardincito es como un día de fiesta/ en la pobreza de la tierra". Lo traigo aquí porque leo estos poemas en un jardín. Me los he traído de casa para leerlos en un jardín.

Éste es el prólogo al libro siguiente, Luna de enfrente: "Hacia 1905, Hermann Bahr decidió: El único deber, ser moderno. Veintitantos años después, yo me impuse también esa obligación del todo superflua. Ser moderno es ser contemporáneo, ser actual; todos fatalmente lo somos. Nadie -fuera de cierto aventurero que soñó Wells- ha descubierto el arte de vivir en el futuro o en el pasado. No hay obra que no sea de su tiempo; la escrupulosa novela histórica Salammbó, cuyos protagonistas son los mercenarios de las guerras púnicas, es una típica novela francesa del siglo diecinueve. Nada sabemos de la literatura de Cartago, que verosímilmente fue rica, salvo que no podía incluir un libro como el de Flaubert./ Olvidadizo de que ya lo era, quise también ser argentino. Incurrí en la arriesgada adquisición de uno o dos diccionarios de argentinismos, que me suministraron palabras que hoy puedo apenas descifrar: madrejón, espadañan, estaca pampa… / La ciudad de Fervor de Buenos Aires no deja nunca de ser íntima; la de este volumen tiene algo de ostentoso y de público. No quiero ser injusto con él. Una que otra composición -El general Quiroga va en coche a la muerte- posee acaso toda la vistosa belleza de una calcomanía; otras -Manuscrito hallado en un libro de Joseph Conrad- no deshonran, me permito afirmar, a quien las compuso. El hecho es que las siento ajenas; no me conciernen sus errores ni sus eventuales virtudes./ Poco he modificado este libro. Ahora ya no es mío". Entiendo a Borges. Entiendo lo que dice, y que así se lo parezca. Pero siento también la intimidad expresada en versos muy delicados en algunos de estos poemas. Leo en un poema que él en este prólogo ha destacado con agrado, "Manuscrito hallado en un libro de Joseph Conrad": "El mundo es unas cuantas tiernas imprecisiones". Siento que no otra cosa es lo que estoy aquí diciendo de Borges y su principio. Pero esas imprecisiones se pueden sentir como una verdad y ser una verdad. Así la ternura y la belleza del último verso del poema siguiente, "Singladura": "En la cubierta, quietamente, yo comparto la tarde con mi hermana, como un trozo de pan". Así compartimos este principio del poeta, el amor que hay en ese principio. El amor que ha de sustentar una vida como ninguna otra cosa lo haga para dedicarla a la poesía. Al final del último poema de este segundo libro, "Versos de catorce": "Así voy devolviéndole a Dios unos centavos/ del caudal infinito que me pone en las manos". Así, con los poemas. Con el amor y los poemas. Con el amor que se necesita para escribirlos y con el que los escribimos. Así lo siento al releer estos poemas de juventud de Borges, que en la vejez revisó y corrigió pero sintió también que estaba ya en ellos. Siento a Borges en su principio, en un jardín. La poesía siempre es principio, siempre es jardín. Me ha sido muy grato de esta manera sentirlo al volver a leer en él, en un jardín, los poemas de los primeros libros de Borges, un Borges joven pero que ya está y sentimos en ellos, como sintió él también al releerlos con la intención de revisarlos.